



Bookshelf

1993

[Introduction to] Política y posmodernidad: Hacia una lectura de la anti-modernidad en Lationoamerica

Claudia Ferman

University of Richmond, cferman@richmond.edu

Follow this and additional works at: <https://scholarship.richmond.edu/bookshelf>



Part of the [Film and Media Studies Commons](#), and the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Ferman, Claudia. *Política y Postmodernidad: Hacia una lectura de la anti-modernidad en Latinoamerica*. Coral Gables: University of Miami, 1993.

NOTE: This PDF preview of [Introduction to] Política y posmodernidad: Hacia una lectura de la anti-modernidad en Lationoamerica includes only the preface and/or introduction. To purchase the full text, please click [here](#).

This Book is brought to you for free and open access by UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Bookshelf by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact scholarshiprepository@richmond.edu.

PC
7021
.F35
1993

CLAUDIA FERMAN

**POLITICA Y
PÓS=MODERNIDAD**

**HACIA UNA LECTURA DE LA ANTI-
MODERNIDAD EN LATINOAMERICA**

**LIBRARY
UNIVERSITY OF RICHMOND
VIRGINIA 23173
IBERIAN STUDIES INSTITUTE**

Introducción

Me propongo aquí bosquejar brevemente el recorrido argumental que dio sustancia al presente trabajo. Me gustaría empezar citando a Cortázar. La obra de Cortázar encarna de alguna manera un conjunto de debates que se produjeron en las décadas del 60 y 70 en gran parte del mundo, y de los que nosotros hemos querido dar cuenta desde la nueva perspectiva que abrieron los 80. Más adelante nos ocuparemos de eso, ahora vayamos a dar la vuelta a los mundos del 60.

Cortázar cuenta que el nombre de su gato, Teodoro, se inspiró en los textos periodísticos de algunos sociólogos del Río de la Plata "hechos a dedo" que, por aquellos tiempos, "constelaban" sus textos de citas de Adorno o de Wittgenstein. En un pasaje suprimido de su novela *62 Modelo para armar* que cita en este texto de *La vuelta al día en ochenta mundos*, sus personajes debaten las modas académicas:

Agitando viejos recortes de periódicos patrios ante los ojos estupefactos de Juan y de Calac, [Polanco] era capaz de demos-

trar incontrovertiblemente que los sociólogos colaboradores en esas columnas debían ser en el fondo el mismo sociólogo, y que lo único que iba cambiando a lo largo de los años eran las citas, es decir que lo importante era estar a la moda en esa materia y evitar so-pena-de-des crédito toda mención de autores ya usados en el decenio anterior. Pareto, mala palabra. Durkheim, cursilería. Apenas llegaban los recortes, los tres tártaros averiguaban en seguida de qué se había ocupado en esas semanas el sociólogo, sin que los preocuparan las diversas firmas al pie de los artículos puesto que lo único interesante era descubrir cada tantos centímetros la cita de Wittgenstein o de Adorno sin la cual no había artículo concebible.

Si Cortázar aún viviera, ¿cómo se llamaría hoy su gato? ¿Fredric? ¿Jean François? ¿Pierre? O quizás Umberto. ¿Igual cantidad de centímetros separan hoy las citas de Jameson, Lyotard, Bourdieu o del mismo Eco que en el pasado las de Adorno o Wittgenstein? Polanco podría mantener, entonces, su afirmación de que se trata del mismo sociólogo que, gracias a una afortunada longevidad y a la multiplicación de su potencia productiva con la computadora, es capaz de seguir escribiendo el mismo texto sin que nada ni nadie cambie o haya cambiado.

Quizás, efectivamente, ese sociólogo exista (aunque yo no estoy muy segura), pero me atrevo a afirmar que, si existe, el medio en el que produce y al que se dirige ha sufrido profundas transformaciones. Pero aunque las cosas han cambiado, yo tengo la sensación de que el tema de la Posmodernidad despierta sospechas y recelos idénticos en la gente, que de tanto tragarse a aquel sociólogo, ya no quiere que le vengan con los mismos cuentos. La gente no quiere que la distraigan con historias que no le sirven, no quiere que le demuestren saberes que la dejen afuera; en síntesis, no quiere que la

engatusen: ya conoce el resultado de la acumulación de montones de palabras difíciles que se constituyen en un saber, cuya única utilidad es acreditar a quienes lo ejercen y, aunque ese saber nos habla de la salvación, beneficia solamente a sus apóstoles.

Probablemente, ahora sería el momento de dar participación al lector/a y preguntarle si comparte; o ha compartido, esta sensación general de sentirse estafada/o, esta desconfianza a ciertos saberes establecidos que más que dar, quitan, y que lo mismo se esconden detrás de políticos o profesores, que de abogados o administradores, todos dispuestos a probarnos que sin su existencia estamos perdidos, mientras que nos recorre la incómoda certeza de que, en realidad, ocurre exactamente lo contrario.

Esta sensación de estafa en relación con los saberes, que hoy nos pone en alerta frente a las nuevas teorías es, precisa y paradójicamente, lo que investiga el debate posmoderno. Este debate ha estado generándose a partir del reconocimiento de una serie de prácticas textuales que revisan de un modo acusadoramente crítico las invenciones de la Modernidad, prácticas que van desde el pop-art hasta la desconstrucción. El denominador común bajo el que han buscado ordenarse e interpretarse estas prácticas es la conceptualización de Posmodernidad. De modo que no se trata de un estilo, o de una escuela estética ni de, según sostengo en mi trabajo, una forma de periodización.

Definir la posmodernidad como un debate, es describirla como un espacio comunicativo sujeto a ciertas reglas de producción y de fruición: es decir como un juego; debate en el que, como dice Luis Gómez Sánchez, uno de mis entrevistados, "está metido todo

dios" (Entrevista personal, en adelante EP).

Ahora bien: ¿por qué tendría uno que jugar a este juego, y no a otro distinto? La ventaja esencial, desde mi punto de vista, es que este juego está planteado como un espacio para jugar al propio juego. Es decir, lo que propone este debate es demoler los sistemas totalizadores, las macrointerpretaciones que nos dicen qué está bien y qué está mal en Siberia, La Quiaca y París; de modo que se afianza con cada una de estas aportaciones críticas que van desactivando más y más las certezas con que la Modernidad nos encandiló a todos.

Para Latinomérica, el juego de reconocer los colapsos de la Modernidad lamentablemente no ofrece mucha dificultad. La década de los 80 ha significado para los latinoamericanos, en general, el tiempo de la comprobación de los desastres, del recuento del saldo de desolación que siguió al avance de un liberalismo económico salvaje vencedor de los infortunados fracasos de los intentos de socialización. Pero se trata de un juego sangriento: ideales, utopías, esperanzas, fe, todo mezclado, parece ser arrastrado al fondo de un abismo, cuando se pretende revisar los encantamientos de la Modernidad. Es como si uno no hiciera sino alimentar los intereses de quienes sacan permanente provecho de crisis y desastres. El juego resulta así algo muy peligroso, y avanzar victoriosamente en nuevas jugadas (ir ganando), puede simplemente significar deshacer lo poco que aún nos quedaba.

De modo que si superamos las ironías del Polanco de Cortázar, aún nos queda este peligroso sentimiento de estar jugando con fuego, cosa que, por otra parte, se encargan rabiosamente de señalar los marxismos latinoamericanos que temen, no sin cierta razón, por su vida.

¿Por qué empecinarse en jugar entonces a un juego que podría hacernos perder hasta los últimos centavos?

Mi respuesta es que no hay elección posible. Latinoamérica no padece hoy los males que padece porque en alguna academia del norte algunos trasnochados pensadores hayan comenzado este debate. Argentina no enfrenta la crisis más grave de toda su historia, ni México inventa permanentemente nuevas formas de contener el proceso de democratización, a raíz de una moda académica o la fulgurante aparición de un nuevo ismo.

Horacio González se preguntaba, durante nuestra entrevista en Buenos Aires, cuál sería la forma para recuperar ese pasado de utopismo, de búsqueda del cambio, en una nueva interpretación que permitiera reclamarlo como propio, reivindicarlo y darle nuevos sentidos que fueran perdurables (EP). Y yo creo, que ésta es precisamente la encrucijada cultural que enfrenta Latinomamérica y a la que no puede volvérsela la espalda. La visión moderna fabuló una Latinoamérica con enormes contradicciones y dificultades para sobrevivir, y si América ha sido tan responsable como Europa de la gestación de la Modernidad —como yo creo que ha sido—, es innegable que ha mantenido al mismo tiempo una resistencia tenaz a sus feroces imposiciones. Eso hizo decir a algunos críticos que Latinoamérica es posmoderna *avant la lettre*, y a otros que el posmodernismo como corriente literaria es el primer movimiento originado en Latinoamérica.

Pero volvamos a la metáfora del juego. Como se ve, en el camino yo ya había encontrado buenos motivos para participar; pero aún no estaba todo resuelto, había muchas tareas que cumplir para poder entrar en el

juego. No bastaba decir que históricamente Latinoamérica había desconfiado y resistido a la Modernidad al mismo tiempo que la producía; también era necesario pensar cuáles serían los puntos de partida básicos con los que hacer frente a sus conceptualizaciones.

Yo creo que el *sentido moderno* central al que hay que hacer frente desde Latinoamérica es a la propia conceptualización de América como un espacio contradictorio a Europa, primero, y partido en una geografía bipolar Norte-Sur, después. La primera parte de este *sentido moderno*, América como el Otro de Europa, no hace sino cristalizar la mirada de los europeos del siglo XVI, y enfrascar a sus pueblos en un debate sobre identidades que los ubica falsamente en la necesidad del aislamiento. La versión del siglo XX de esta mirada renacentista (eurocentrista) es el sistema de polaridades Norte-Sur (o Este-Oeste), centro y periferia, y culturas dominantes y culturas dominadas. Usando esta mirada se renuncia al aprovechamiento del bagaje común y, lo que es más importante, se condena a Latinoamérica a retozar eternamente en los jardines del Edén de supuestas edades premodernas, postergando la consideración de su aporte para algún improbable futuro. La tarea de fundamentación en contra de este *sentido moderno* constituye el capítulo II de este trabajo, "La reinención de América: presupuestos e implicaciones del debate sobre la posmodernidad en Latinoamérica".

Otra tarea necesaria para poder lanzarse al juego era la de tomar alguna distancia de cierta teoría generalizadora, y homogeneizadora; en especial de la conceptualización de Fredric Jameson, en cuya caracterización *Postmodernism* resulta una forma de describir la presente etapa del capitalismo, el llamado *late capitalism*, con

una mirada indudablemente localizada en los países del Norte y en relación con su propia problemática. Eso hemos hecho en el primer capítulo, llamado "El romanticismo del siglo XXI", en el que hemos definido la Posmodernidad como un espacio de debate de la Modernidad que Latinoamérica ha venido recorriendo desde hace tiempo.

Ahora sí, podíamos empezar a jugar. Jugar en este debate para mí significó reflexionar sobre tres fenómenos que podían reconocerse en la producción argentina y mexicana de los años 80, directamente vinculados con los parámetros de este debate. En primer lugar, los procesos que denominé "literaturización y desliteraturización". Bajo esta caracterización, interpretamos los procesos de reinscripción de la tradición literaria en los nuevos lenguajes del siglo XX, no literarios, (literaturización); y el proceso complementario de sacudimiento de la convención y la tradición literaria que, frente al desafío de la multiplicidad de estos nuevos lenguajes, busca encontrar asociaciones enriquecedoras (desliteraturización). Para el análisis de estos fenómenos nos ocupamos de la colección de la revista argentina de historietas de arte *Fierro*, publicada entre los años 1984 y 1987, y dirigida por Juan Sasturain.

El segundo fenómeno que analizamos es el de la potente nueva escritura a cargo de mujeres latinoamericanas, que se inscribe sin lugar a dudas en la tendencia de apropiación del pasado de utopismo y búsqueda de cambio. Hemos interpretado esta textualidad como una escritura contra-ideológica, en tanto verifica una voluntad de resistencia al estado de opresión experimentado por la mujer, en tanto mujer; y de re-idealización, al postular una nueva idealidad de la condición de la mujer

y de la sociedad. Bajo esta óptica, hemos analizado textos de cuatro artistas: dos mexicanas (Cristina Pacheco y Angeles Mastretta), y dos argentinas (Angélica Gorodischer y Patricia Brescia), todos ellos de alguna "marginalidad" al sistema literario: una colección de crónicas periodísticas, una de historietas y una de crónicas fantásticas, más una novela romántica.

Por último, hemos buscado dar cuenta de un cambio en el paradigma de las formas de representación textuales, que involucra muchos de sus aspectos: desde la propia ubicación del escritor-observador en relación con lo que busca representar y con su propio texto como sistema de comunicación, hasta la determinación de género literario. Nos ha interesado analizar allí las nuevas formas de "textualización", es decir, la identificación de los rasgos textuales que expresan las modificaciones en la perspectiva de la observación de un sujeto que ya no es más la medida de las cosas y del mundo, y por lo tanto, desconfía de la representación y en su mismo texto patentiza esa desconfianza. Para ello hemos discutido textos de Julio Cortázar, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska y Carlos Fuentes.

En este mismo sentido, nuestro propio texto testifica esta nueva encrucijada en la visión de la representación, y busca dar cuenta de la enorme dificultad de erigir una voz, y autorizarla hasta sus últimas consecuencias, una vez que se comparte esta nueva óptica. Por ello, hemos interrumpido nuestro discurso analítico con el testimonio de nuestros entrevistados, o hemos buscado formas polifónicas donde estas otras voces hablaran por sí mismas, confrontadas o sumadas a nuestro discurso. Y, al mismo tiempo, hemos apostado por cierta presencia y vigencia de la oralidad, del diálogo, contra ciertas

formas cerradas del discurso crítico. Claro, que no hemos pecado de ingenuos buscando ser "veraces" o "más veraces"; sólo hemos intentado que el texto se abriera, se autorizara y se desautorizara, incorporando la emocionalidad con el mismo valor argumentativo que el razonamiento o la autorización académica.

Para terminar, quisiera relatar un pequeño descubrimiento que se fue gestando mientras iba andando por el proceso de la escritura, y que yo siento como una confesión.

Me parece a mí que en el origen de todo texto está el olvido. Si Borges postuló que sin olvido no hay capacidad de razonamiento —porque no hay capacidad de generalización y por lo tanto de conceptualización—, también debe afirmarse que sin olvido no puede haber tampoco discurso propio. Sólo el olvido borra cada una de las situaciones y cada uno de los emisores que nos han ido aportando las palabras primero, las frases luego, las ideas, los puntos de vista. Creemos que hablamos de lo que somos, de lo que nos pasa; creemos que pensamos, que elaboramos, que comunicamos nuestra individualidad, sólo porque permanentemente olvidamos, porque todas las presencias que alguna vez hemos experimentado, todos los gestos, las palabras, todo eso se descompone dentro nuestro, y se va recomponiendo después para dar espacio, sentido, origen a nuestra palabra original. Sin olvido no hay concepto; sin olvido, tampoco hay expresión individual.

Por otra parte, me recorre la incómoda sensación de que no he hecho sino protagonizar la Historia, así con mayúscula. No he hecho sino repetir mi tiempo, entrar en la estadística, o completar la teoría. Mi historia repite una vez más —pero si no la hubiera repetido de todos

modos la historia se hubiera producido— la historia del movimiento. He sido influida por todos los rumores secretos, y sólo he determinado el lado, el bando que me generaliza. Pero si se tiene en cuenta cierta estadística en donde entran todos los datos que me describen —fecha y lugar de nacimiento, nivel económico, expectativa familiar, coeficientes varios— he sido conducida blandamente de la mano hasta la fila que me tocaba engrosar. Y en el fin de la Historia y de la certeza de las estadísticas, en el fin de la exactitud de las ciencias sociales, resulto un engranaje que las pone nuevamente en marcha, que desacredita mi individualidad. Aun esta protesta sombría posiblemente constituya el peldaño que me permitirá alzarme a la curva que hace ya un tiempo viene dibujándose "novedosamente".